
**Trabajadores Intelectuales:
Contra el nazi-fascismo!..**

12/600-1a4) *Dajal*

M U L

T STALINGRADO
corazón del mundo

T STALINGRADO
capital del mundo

T U D

al
nc
a
ablo de Rokha

Posición del escritor frente al nazi-fascismo

Hay una situación concreta y categórica, exacta, de hecho, rotunda: el escritor es un explotado social. Los que pretenden desconocerlo, no es por ceguera o por torpeza congénita, o de carácter patológico, —porque tan gran enfermedad intelectual conduciría a las clínicas o a los servicios de Beneficencia y nó a las altas tribunas del lenguaje,— es porque los que pretenden desconocerlo, están al servicio de los explotadores. Para tales sombras de sub-hombres, se escribió el axioma tremendo: “existe un ser más miserable que el verdugo, EL SIRVIENTE DEL VERDUGO”.

Adentro del régimen de explotación del hombre por el hombre y, planteada la acerba verdad social de la lucha de clases, la ubicación clasista del escritor es ineludible: deberá militar en la trinchera de los pobres del mundo, de los humillados y los ofendidos de la tierra, sus compañeros de infortunio, exaltando y aclamando a sus líderes, porque forma parte SOCIAL de un conglomerado SOCIAL, el de los TRABAJADORES INTELECTUALES.

Ahora, como el nazi-fascismo es la expresión sangrienta, criminal, guerrera y delincuente de la explota-

N.º 40, Año IV, 4.º TRIMESTRE DE 1942

Winett de Rokha

AGUA SORDA

A la orilla de un jarro de vino oscuro y proletario, Muro olvida y parte en dos la realidad de su destino.

“¿Es el placer de ahogar la garganta con el líquido que refresca o abriga las fauces de león en reposo, o son los dolores que se liman con las visiones vagas, alegres, irreales, las que te dominan?”, dice Betunia.

“Son las dos cosas”, dice Muro. “Un cerco de alegre, olvidado sabor rodea mi humanidad cansada.”

Betunia extiende un bastidor, el cañamazo recibe la aguja que sube y baja, pone una rosa con tres puntadas, una espiga con cuatro, y allá, en los extremos, se hacen montoncitos azules las golondrinas.

Entre copa y copa, entre puntada y puntada, Muro peregrina por mares desconocidos; Betunia, más arraigada al planeta, conserva la serenidad indagadora. Vienen las preguntas y las respuestas, la verdad que sangra, las palabras que lloran un tardío arrepentimiento.

¡Cuán cerca, en su debilidad de hombre fuerte, lo siente Betunia en su corazón!

“Si hubieses sido siempre más dúctil”... dice Betunia; “si hubieses sido siempre más fuerte...” dice Muro. Pero la ductilidad y la fuerza, respectivamente, habrían roto el equilibrio. Betunia no se habría sentido protegida y no habría escuchado, con la placidez de la hermana de Lázaro, la conseja imprescindible; Muro no habría acurrucado en su alma la tibia flor que se defendía de los vendavales, crecida a su sombra.

Las preguntas en la semi oscuridad de lo irreal, las palabras que caen pesadas de sueño, pesadas contra el acucioso espíritu de la mujer que navega por horizontes de duda y de sangre.

“Me hiere tu desconfianza y el haberte YO herido a TI que eres lo que más quiero sobre la tierra”... dice Muro.

“Cuando se ha perdido la fe, nada la restituye; nos perdemos en laberintos sin salida, una tristeza atroz se descuelga como telarañas polvosas disimulando, aunque no curando las heridas”, dice Betunia.

“El odio y el asco me invaden con relación a esa desgraciada y el viejo y grande y serio amor nuestro se engrandece y tú surjes de entre los escombros poderosamente... A través de su recuerdo y su grosera brutalidad te me apareces radiosa. Aun entonces te veía conmigo, siempre conmigo, peleando con las bestias, a mi lado filial y leal, creando en la pobreza... y hasta los huesos me temblaban. Así me acuesto a tu lado, diariamente, pesando mis tardíos errores y la debilidad de macho temporal y agresivo, jurando empuñar la vieja dignidad y la única gran ternura: tú, para siempre”, dice Muro.

“¿No temes, acaso, que tu desvío haya alejado mi espíritu de tu órbita y ya sólo puedas contar con un cuerpo inerte y cansado?”, dice Betunia.

“No juegues con un hombre demasiado seguro y al cual, cuando se pretende cercarle, aplastarle, llenarle de soledad, se defiende como una bestia herida”, dice Muro y se duerme lentamente.

El nuevo día toma el ritmo eterno. Ni Muro ni Betunia recuerdan. Todo queda envuelto en una neblina espesa. Betunia no puede recordar en voz alta lo que arrancó en astucia de mujer, Muro no puede recordar lo que confesó en trance de pecado.

La voluntad del hombre es una cosa tibia y gastada cuando la pasión lo acosa y lo precipita al fondo de sí mismo. Es un arrastre de cadenas que orillan la montaña: corre y resbala, grita y el grito rompe los eslabones enmohecidos. Sólo los ojos que VEN, ciegos y profundos, tienen una luz poderosa que lima y lima constantemente la carga.

Betunia va coleccionando los días y su reserva de dolor. De nuevo acude a las interrogaciones que como lava de volcán van invadiendo y quemando.

Aquí y allí, en los teatros, en las plazas, las playas, en el interior de sus almas que van gemelas y apartadas, Muro y Betunia van rumiando su intensa tristeza.

¡Cómo es preciso sacar a lo cotidiano todas las flaquezas del espíritu para que se aireen y se despojen de lo supérfluo y del misterio agusanado! Tratar de que lo escondido tome distancia y se barajen todos los juegos del naipe marcado.

La alcoba arde de reposo fingido, las flores se corrompen en los jarrones. Una música desabrida evoca el instante en que Betunia enfrentó su tragedia: la voz de la adúltera con el remilgo hipócrita de sus setenta antenas de gata domesticada, con la gelatinosa sonrisa olor a perfumes baratos, a velas recién apagadas, a piel oscura de mulata pervertida.

—“Era una pebeta sin importancia que se vendía por un par de medias”, dice Betunia.

—“No la odies”, dice Muro, “si la hubieses visto cuando se aferraba, desmelenada y llorosa a su desgracia”, contesta Muro.

—“¿Qué visión maldecida pretendes hacerme perdonar?”, clama Betunia horrorizada.

—“La de una infeliz que no maldijo jamás tu nombre. Siempre estuvimos de acuerdo en que la única persona que no se podía tocar eras tú”...

“Lo comprendo”, agrega dolorosamente Betunia, “era yo esa piedra preciosa que obstruye el camino y que los caminantes, en vez de darle un puntapié, hacen un rodeo gracioso para esquivarla.”

La voz de la mujer, enronquecida, se apaga lentamente, abre la ventana tendida sobre los verdes en reposo, una luna grandota de farol de Domingo equilibra su estampa bonachona. Tiene algo de filósofo sentado entre volutas de humo, algo resignado y pastoril, algo bíblico, inocente, periférico. ¿Qué importa que a la lumbre de su elevada lámpara los rateros repartan el botín de la noche y las enaguas de las doncellas recojan barro de las esquinas?

Betunia aspira la luna y su perfume de mundo, se quita todos los ropajes del espíritu y se tiende desnuda, como un lebril rosado, a las puertas negras de la eternidad. Sabe que al otro lado de esa plácida luz de cordero pascual o helado infierno al revés, será la UNIDAD que sólo la muerte aísla. Ya no recordará y todas las palabras con su corte de emanaciones podridas no le rozarán la epidermis. Será infinitamente joven y nadie la comparará, nunca ya, con las hojas que se caen de los almendros en el Otoño.

Betunia fué HIJA, después ESPOSA, y la voluntad del hombre la vió reflejada sobre sí misma empezando por los zapatos: su padre recorría las habitaciones poniendo orden y matemática en todo aquello que le pertenecía y, por hábito, ordenaba también los zapatos de levantarse de su hija. Ella sabía, al entrar a su aposento, que su padre había estado allí: las pequeñas babuchas estaban muy juntas, con las puntas hacia afuera, vacilantes, como si ya fuesen a salir hacia las estrellas.

Ahora, Muro ordena sus zapatos de todos los días: los toma, los une y vuelve las puntas hacia adentro como si fuesen a caminar debajo del lecho.

“En verdad”, dice Betunia, “la ruta hacia adentro es demasiado corta. Al bajarme, de mañana, no puedo seguir inmediatamente mi camino.”

“Mejor así”, contesta Muro; “todos nuestros actos deben obedecer a una segunda reflexión.”

Y va hacia el otro lado de la marjeza conyugal, de caoba, incrustada de tiempo y maderas olorosas de sándalo y aloe, allí donde quedan sus propios zapatos vueltos hacia afuera. Después, equilibra la lámpara y el jarro de agua con olor a esas yerbas de la montaña que le curan los excesos de la comida y la bebida.

En ese equilibrio tan sometido y venturoso, Betunia, a pesar de todo, contempla su inmenso y ya desplegado destino.

A veces, Betunia lánzase a la caza del día con gesto gozoso de animal que presiente la atmósfera clara. Husmea la Primavera de vientos algodonosos y espumas rizadas, tan vagas, como aquellas con las que el mar sonrío y se aquieta en la enorme cuenca de su ojo espectacular y azul.

Los periódicos se encrespan y las patas de araña de su caligrafía redonda, persisten en ese afán de coágulo de sangre y ácido, jugo mineral de escuelas y palabras fugaces.

Arqueada, alargándose, hundido y zigzagueante el espinazo eléctrico, Gamuza abre sus ojazos color sol y ágata. El objeto de su inusitada manera de conducirse se balancea inconsciente en una desgajada rama de acacio en flor. Unas uñas largas y felinas lo aprisionan haciendo detenerse el sentido central de las que fueron, hace un instante, delicadas plumas sonoras.

“Gata asesina”, dice Muro, y con un gesto de asco espanta con un periódico el instinto que se achata en la nariz helada de Gamuza.

“Déjala ir en paz”, dice Betunia, mientras una interna sonrisa dolorosa la invade.

Vuelve el hombre sus ojos de diamante duro y exacto sin penetrar en el lago negro, sin fondo, de LA OTRA MIRADA. Acaso comprende, acaso también le extraña la roja flor de crueldad que, a veces, se pasea erguida entre las venas de la mujer.

Desde entonces... el concierto familiar ha cambiado en su forma esencial. Ayer era la entonación ruda y agresiva, la lucha del que vence siempre y el rencor del vencido, la confianza que, como el ave, cruza indiferente, a pesar de todo, los cielos que esconden de improviso un plomo mortal. Hoy es la diplomacia quisquillosa, el asentimiento de las pequeñas cosas que perdieron importancia dentro de los sucesos internos.

Aquella costumbre que se quebró y desconcertó las amarras del viento y se quedó mirando desde la acera del frente.

—“Tu manera de ser me hiere”, dice Muro.

¿Cuál manera? ¿Los silencios, la abstracción, la mirada arida y fría, a la vez, que se desconecta de la realidad? ¿El buceo

a la distancia, los pequeños detalles que se caen de los frutos de la tierra, que se caen de las caricias, de los elementos objetivos y subjetivos del hombre?

Muro ya no sonríe como en aquellos tiempos en que Betunia le entregó sus veinte años junto a la estrella de la tarde y a la cruz del Sur; como sonreía cuando en los labios inocentes fluía la adoración al Divino Maestro con su voz y sus pies de sangre. Cuando sonreía poniendo en solfa esa literatura fluvial de la adolescencia atravesada de pajarillos y venados, paseada, a veces, en el carro de oro de los faraones o las pelucas empolvadas o los guerreros y los caballos azules con rojos alabarderos que saludaban al sol que se iba poniendo su sombrero de copa. Y enzartaba Muro las visiones de Betunia en su espada de fuego blandiéndola y haciendo círculos en torno a su cabeza.

Fueron largas y tendidas las noches del amor y todo con luna de viaje y también sedentaria. Sillón de baño, cañaverales a la orilla del río muerto, tristes juncos septentrionales.

Era en año bisicsto la evolución orquestal deslumbradora de la naturaleza. Y así fueron los pasados y los presentes sobre los techos y los cielos inusitados, claros. Las amarradas cordilleras desatando sus sábanas blancas cubiertas de ese tornasolado azul-morado-humoso.

Arcadas de estrellas cabalgaban el cielo huído de nubes e invadido, constantemente, de ese lucero rojizo que aguarda el minuto en que pueda ser el ojo subversivo de un gigante.

Dincas, picaflores, cigarras, avecillas de corral sencillas y bullangueras, luminosos y albos conejillos de ojos rosados. Todo, todo cobijado en el alero azul, refugiado con atados de incongruencias, sueños, locuras. De un lado a otro de la cerca al encuentro de un vuelo: la roja o amarilla mariposa de luz cabeceándoles la curiosidad inmediata.

Muro y Betunia consumiéndose entre el efímero y travieso choque con la existencia.

Es navidad. Hay o'or a albahaca. Los niños acarrear con bullicio sus juguetes nuevos. Sobre la mesa duraznos velludos, sonrosados como caritas diminutas. Afuera los pitos, las flautas, los cohetes, la estridencia de la calle lejana. Panes olorosos a miel y uvas secas.

Betunia ya no teme al temor y entre sus brazos duerme el año como un siglo entre la eternidad.

Qué lejos los años de los días sin vuelta, aquellos que sólo una vez se viven, aquellos en que Muro regresaba trayendo de los puertos esa salada efervescencia y esa premura y ese ímpetu de la pasión que no conoce cauce. Betunia decía entonces, en ocasiones, a su amiga de mayores años: "Tengo miedo, ahora regreso." Y la dama de años y de fina falda de seda con enaguas complicadas, se reía con una risa nerviosa que era como espuma de playa experimentada y perversa.

Desde entonces acá hace un cuarto de siglo que Muro y Betunia se suman, unidos, en Primavera, al desenvolvimiento de la flora y sus pompas sorprendidas. Ya fuese por esas casas pobladas de duendes, estancias de maderas quemadas, olorosas a pasado fecundo. Allí la huella de un pie de mujer hermosa que se fué en luna llena, olvidando un sombrero colgado del sol y unas babuchas chinas a la orilla del fuego. Aquí parejas de gorriones o tencas en techos temblante que estilizan sombras maullantes que arañan las noches.

Rueda hoy la existencia bajo los mismos cielos; sólo las caras van tomando el agudo y pastoso colorido de lo que ha tomado mucha luz y mucho cálido elemento. Las caras que de un día a otro día se transfiguran y son eco y acotaciones al margen de otros días.

Sólo se vive del recuerdo.

Betunia adereza el asombro conque, a veces, cayeron en su alma las palabras de Muro.

Era, precisamente, el mes del rubio aroma y el retorno de las go'ondrinás, el aire caliente, los silbidos lejanos de los zorrales, la invasión del agua sorda que empapa la siembra.

Betunia hacía ramos de flores: rosas rojas y altas semillas doradas, blancas campanillas piadosas y alicantos místicos de pétalos tal lenguas de aves o serpientes egipcias.

La soledad clamorosa bajo el cielo y sobre el verde nuevo, el grito de los vientos que se resbalan por las cercas medio apuntaladas y que chocan contra los troncos desafiantes.

Betunia mira la corola incierta de los trigos y su voz juvenil se pliega al vaivén eglógico de los campos. Canta el alto control de su garganta, la cadencia se entrelaza, surge, se eleva en el grandioso y sonámbulo despertar de los instintos puros.

Muro deja en un rincón la escopeta, el sombrero y la mirada dolorosa sobre la mesa. Después, entre temeroso y decidido mira a Betunia desconfiado y equívoco: "Sólo cantan las mujeres malas."

No poseyó el hombre la tierra al ponerse de pie y mirar hacia adelante la curva suave de los montes o el líquido colorante del horizonte, no; sólo la poseyó cuando su espalda ardió al contacto del suelo pardo y miró hacia arriba tendido e infinito.

La curva azul, los luceros indecisos y emocionados tomaron ligazón con la mirada y por la primera vez su cuerpo se disgregó en sensaciones exactas.

Cardos azules, yodo, clavel, raíz, caracol, mármol, almohada de brumas, glorieta clara, penachos de muerte, bálsamo, vaso, enigma, lo matinal, lo vespertino, manto, deleite, todo EN y SO.

BRE, deslizándose — culebras de espanto — y la leche glacial de la jofaina, reserva fluvial para el pecho de la virgen y la piel de los venados.

Sentir cómo corren ardorosos los ríos de la sangre en el mapa cruzado del cuerpo. Analizar el cabello que se duerme sobre los hombros, los pesados párpados que velan la noche, la garganta que se pone áspera, las manos que palpan lo oscuro, los senos que suben como esponjas de mar y se saturan de suspiros, la cintura sin presión y los muslos siempre sumisos, livianos, las rodillas y su ademán de adoración eterna, los pies arqueados, tentaculares, las uñas entre las que se vuelcan las sensaciones de dolor, miedo, placer y eternidad.

Y si rompiendo la noche, el chuncho, en carcajada estridente de espanto desgarrar la tiniebla, entregarle esas burbujas de choque de los pensamientos, esos intermitentes discursos internos que suben a la plaza pública en los días de fiesta y, después, ya en la quietud de todas las fuentes y todas las estrellas dormidas, precipitarse a ese otro anfiteatro que remeda y condensa los más tirones absurdos y los más elocuentes e insospechados deseos.

Muro al unirse a Betunia quiso destacarla en rudo paisaje florentino, donde la yegua de anca azul y potente rompe la corriente. La quería desnuda y primitiva, tímida, sin antecedentes, con el espíritu vaciado en una copa de barro amasada con lágrimas.

Escritos originales de Betunia, páginas de la adolescencia que recogían siglos de agudeza, olor a tinta y a tinieblas, a esencias cansadas, fueron a crepitar en una llama. Y la hoguera se alzó frágil primero, llamita de vitriolo, rojiza, que se retorció como si la hubiese soplado Satanás y luego se tranquilizó para dar color y calor a las manos heladas de la mujer que miraba distante sin comprender.

Rugía Muro en su corazón seco y encendido, rugía y escarababa y satirizaba y anulaba lo que creía y lo que comía Betunia, lo que la haría escribir más tarde en inconsciente reflexión: "lo que se cree y lo que se come, el reflejo de lo que somos."

El aguador llenó los cántaros.

En la vecina capilla tocaban las campanas ociosas su alegre trémulo. Muro sacó al patio los detalles ignominiosos de la frivolidad de su mujer: un maniquí, una muñeca, un álbum, varios "álbums", abanicos, estampas, retratos de antepasados ilustres, cristos de marfil, rosarios y anteojos de concha de perla, miniaturas de biscuit, accesorios de las solteras, libros de veneno sutil que hacen más líquido el color de las venas en pedrería de sueños.

Ardió la hoguera incrementada con conjuros y anatemas, rencor y dolor. Se hizo llama primero, llama clamante, luego ceniza, y la segunda hoguera era como el cuerpo humano de Betunia, cuyas cenizas se aventaron a todos los horizontes del viento.

Ella irradia, a pesar de todo, un generoso impulso de alma que tarda en formular la cavidad de los pétalos de la magnolia atravesada de hormigas y abejas de papel pintado.

La rueda del molino no se detiene. Allá ellos y sus corazones como lavados en el río. La corriente se llevó el anillo del dedo anular de Muro. Los ojos como peces inquietos se fueron al fondo donde la arena era espejeante y resbalosa y buscaron y no vieron y como tórtola mojada el alma de los esposos tiritaba de frío y de presentimiento.

El viento venía de atrás, desde las hojas plomizas de la montaña; menos mal que no traía, esta vez, esas arenas que son las nodrizas del mar. Y sin embargo, cómo clamaba Betunia, desde su infancia, por las aguas amargas. Esas aguas de clamor de ámbito feliz, inquieto y fresco. Aguas impresionantes que suben a la superficie del recuerdo y se retuercen entre los troncos y ramajes de la morera.

Fuese el Agosto por los cielos añiles físico-líricos con luna. El galope de los caballos y luego el ascenso hasta las nieves. Los helchos escondidos, inmateriales, besados por las vertientes y el choque de la niebla contra las hojas jubilosas de los boldos y quillayes. El zorro ardido y veloz inquietaba la atmósfera. Aun quedaban quebradas en ascenso antes de llegar a la cumbre, ya su caricia los atraía aunque la noche caía en grandes bloques de sombra.

Regresaban cabizbajos, perdidos, orientándose con el bramido del toro y el chasquido altisonante de las lechuzas.

—"Han desviado el camino", dice un arriero que les sale al encuentro.

—"Quisimos llegar hasta allí, pero se hizo tarde", contestan.

—"Mejor así, patrón; mire, los que llegan hasta ALLÍ a veces no regresan y pronto les blanquean los dientes..."

Se oye sólo el resbalar de los cascos de los caballos, la respiración de los animales y los hombres confundida en la misteriosa naturaleza de la montaña.

Tendía, Betunia, por aquellos años, sus aceñunados ojos tristes cuando ya solos, en la soledad de sus almas se empinaban sobre el sentido gutural de los filósofos y poetas del mundo.

Cierran puertas y ventanas; largas horas cruzando el entendimiento, adelgazando la lámina de luz que atraviesa la masa encefálica: Kant, Shopenhauer, Bergson, las orejas del espanto allá en los deslindes desquiciados sin color y sin pájaros.

Satanás envuelto en una vestidura gris, flexible, amarga se desliza bajo el catre y entre los cobertores hay humedad y miedo como si un nido de culebras heladas tuvieran allí su aposento.

Nietzsche saca su acordeón de día festivo y váse por la plaza pública. Sus bigotes negros y germanos, sus ojos de piedra azul, gravitan al sol que ilumina una caja de música grandilocuente sobre la que un mono astuto baila y condensa los minutos del artista.

Cervantes ardoroso y cansado, pellizcando los cachetes moletudos de las campesinas de polleras a cuadros con delantales rojos o verdes. Caballo de buen humor y botas de soldado siciliano.

La pipa del viejo Baroja, marinero en tierra; su gorro blanco, tejido, de dormir, con una borla que ahuyenta los mosquitos del atardecer mientras cierra la ventana abierta a la silueta ágil de Aviraneta y su sombra.

EL COCHERO Whitman, arreando con infinitas huascas los postillones de sus "Leaves of Grass", todo blanco, rosado como el Jehová cristiano en las puertas del Paraíso Terrenal, arrojando a los que delinquieron por amor al pecado.

Dostoyevsky, alucinado, sombrío, inquietante. El puñal y la risa quebrada, el ingenio y lo grotesco, el vaso de vino en jarro de barro sublime. El alma eslava sinuosa, contradictoria, fatal; las mujeres que llevan adentro del corpiño de diamante una lámpara encendida.

Byron y su caballo turqueza, el cabello negro, ondulado, y la camisa de batista, las manos. La alcoba suspendida, la yedra fresca, el anillo de hierro estilizado con cabeza de rinoceronte amarillo.

Dickens y los puentes, los coches de posta, los ahorcados, los techos de metal, los burgueses barrigudos, las levitas, los sombreros de copa, los calzones cortos, las zapatillas con hebilla y esas damas de pañuelo empapado de lágrimas y fichú de gasa con rocío.

Balzac y las probetas, química y vestidos de raso. El amor, el adulterio, las deudas, el carácter, las domésticas y severas dueñas de casa haciendo reventar la pasión desde un rubí secreto entre el anillo de bodas y la abotonadura de brillantes en la camisa del frac del amante distinguido.

Lautreamont embarcado en un barco pirata imaginario, difícil, desplegando toda una caballería de sensaciones equívocas, nadador en mares de coral, estridencia, persecución, caza de estrellas y vergüenza, miseria humana, pupilas, barro, belleza, aguas corrompidas, amarillas viscosas, pié de infinito infecundo.

Maupasand, el equilibrio triste, desquiciado, el corazón grande en cáscara pequeña o vice-versa, el ademán, el gesto oportuno que se baña en un vaso de agua de rosas con olor a podrido, a veces, y con trascendencia de mundo, tan mundo, seguro de su propia y sublime inutilidad.

Shakespeare, el canastillo de Primavera, la pastoril canturía y la flauta. La chismografía y el drama de féretro y vestiduras de terciopelo, el amor que se cae de la ventana y sube por escaleras de cabello, lo mercenario, lo supérfluo trascendente en un tablero de ajedrez, la cara del negro oscureciendo las trenzas — amarras de un siglo — de Desdémona. Todo a la luz de la luna o claras albas y al grito unísono de la lechuza con capucha eclesiástica.

Sol, luna, estrellas, montañas y colinas, ciudades populosas, mares, ríos, mesetas, valles, cataratas, geografía finita de bosques y jardines, nieves, desiertos, caminos, lagos, fuentes, vertientes, nubes, lluvias, luz y sombra en los despoblados del viento sin trueno y sin rayos, de codos en la ventana.

La cara en el espejo, el alma sobre el papel. La mano ciega, obediente, efímera. El canto que sorbe llanto y atraviesa túneles, el relato que llega al umbral y se devuelve, que mete la mano en la tinaja que divide el huerto y saca un lucero con melena acribillada de proyectiles y serpentinadas de carnaval.

Muro y Betunia cuentan los gorjeos de la rana y el tué-tué de los chunchos el saltarín repiqueo del zorzal que escucha el paso de la lombriz bajo la tierra, mas ese ladrido lejano que se apoya en la hora de los vigilantes nocturnos.

Cinco, diez, quince, veinte años de lozanía, fuerza, belleza, **JUVENTUD**, palabra mágica que puede colocarse a todos los costados del sol, desafiante, palpitante, ardiente.

Lo que no tiene principio no puede tener fin. La historia de Muro y Betunia y de su amor cuya duración sólo habría de medirse después de morir, hizo un alto y se quebró.

La fuerza primitiva y avasalladora en él, la tímida, desconcertante y pulida sensación de esclavitud y resignación en ella, se fueron por caminos opuestos y regresaron, en apariencia, al punto de partida. Betunia es un inmenso signo de interrogación, un incendio en la floresta. Arroja de sí el nombre maldito que le oscurece el horizonte, ese nombre amargo que enreda la lengua al pronunciarlo: Margáa.

Ahora, Betunia, en su retorno a la naturaleza y a la vida más fácil y amplia recuerda y agrupa sensaciones pasadas y dolores que aguzó la poesía y el amor; sensaciones pasadas y dolores que aguzó el engaño y la traición de un momento; sensaciones pasadas y dolores que aguzó la palabra de otros tiempos y que ahora se arrastra y tiembla en la duda tenaz que se hunde como flecha en la arena.

Destacada **EN RUDO PAISAJE FLORENTINO** rompió la corriente, primitiva, enloquecida saca el alma y la vuelve hacia afuera como un bolsillo. La civilización parece no haber cruzado por sus huesos. No siente sed, ni hambre, ni sueño. Pasan días y días y días, y ella sólo es la imagen extática de un ser absurdo, crecido, trashumante.

Se desborda el agua de riego. La quinta entrega su vientre gozoso, la pala abre surcos y amontona las hojas que dormían en todos los resquicios. ¡Qué verde candor y qué eclosión de flores! Octubre varía el arco iris de la fronda; manzanos de flor en rubíes deslumbrantes entre la aridez de los ramajes, aromos con su recitación de polluelos del viento, trajes tan primaverales y tan fugaces con que se cubren los cerezos, los durazneros, los perales, las primeras rosas titubeantes, las coronas del poeta; más acá del tiempo los jazmines tan altos y las lilas concho de vino al lado de esas otras blanquitas junto a los acacios con su acordeón de armonía, los pomposos y vanagloriados copos de nieve jugando a las escondidas con la sombra mientras las rosas seguras y monopolizadoras imponen su agresiva belleza en apretados botones de concentrado perfume y color desmayado.

El mar reinante con su aceceo cansado escupe maderos podridos, estrellas de garras artificiales, pequeñas apancoras de superficie y espuma.

Muro y Betunia han empapado sus cuerpos en el agua sobria y reciben el sol espejeante sobre la piel.

Se van los barcos, las gaviotas, los humos, los recuerdos, los rencores. La quieta naturaleza persiste en rosicleres y círculos, persiste en la ceguera de los espejos cuadrados y quebrados, en las manzanillas de ojos abiertos y dientes agudos.

"Parece un barco pirata", dice Muro, mirando la quilla fantasma de una embarcación que se incrusta como flecha en un sol achatado y desleído a la distancia.

"Y no lo es", contesta Betunia. "Sólo es un medio por el cual la serpiente de veneno en el colmillo izquierdo se desvaneció de mi órbita para siempre".

"¡Pobre mujer", dice Muro, "hubo de partir sola y abandonada de todos!"

"¿Sola? No seas niño. Esa clase de mujeres no están nunca solas. La soledad es para las almas grandes y nó para las sabandijas. En un barco desde el capitán al último marinero habrán de hacerle compañía."

Muro se exalta, las sienas de palpitan, los ojos se le agrandan y fulguran al murmurar inconsciente: "¡no despiertes en mí los celos!"

Han abandonado la serenidad. Betunia se interroga: "¿dónde mi alma y el alma de mi alma? ¿cómo recoger ese mundo de agua y cielo y arenas y peces y arrojarlo todo para sepultar las palabras? ¿quién soy, qué rol desquiciado desempeño en el espíritu de Muro para que pueda yo, la compañera de toda una vida, y no otra, despertarle los celos sentidos por una prostituta?"

El regreso es amargo, la arena es fría y los pies van contando una a una las pisadas.

El mundo va pasando, creciendo, desarrollándose: seres envueltos en lazos amarillos, otros junto a rosadas tazas de aurora.

Y viene el declive, la sombra de una vida que se precipita a la soledad.

El mar y sus alhelios pintados reman canciones distantes, pero Betunia lo toma siempre presente evocándolo o transparentándolo en la memoria cuando las hojas verdes sonríen a los vientos y se agitan como olas fugaces y sombrías, cuando las palabras y los ecos antiguos vuelven a echar las redes confusas de los sentimientos.

"Sólo tú emerjes, con tu enorme hacha de fuego — terrible, como tu voz de flor herida — sólo tú, entre relámpagos y ejércitos, y cuchillas de oro y cabezas y palomas de oro galopando en los altos caballos, — sólo tú, entre los rieles de los puentes caídos —, y la mano quebrada de Dios, que resplandece en las tinieblas."

Son las palabras de Muro y su eco prisionero, herramienta del espíritu, dulzura de párpados, reja a la luz del rayo y del trueno. Pero... ¿qué temblor en la voz dormida del centinela dolor? ¿Qué moléculas de aflicción y desconfianza penetran por la ventana?

Son los cerotes de la luna con su amalgama de candor, heliotropos, guijarros.

"Sí, como los toros furiosos, voy lamiendo tu pasado de virgen — lamiendo tu virginidad sangrienta —, lamiendo los secretos sueños tremendos, entre los cuales brillaba la herida de tu sexo."

Estero, refugio, blanca carne de seda inmolada detrás de los luceros. Surco fecundo, campánulas, elegía ronca, convulsa.

Hijos, pequeños muñecos de ojos oscuros y cristalinos, manos y pies de espuma, aleteo de golondrina sujeta a los hilos de plata de las nubadas: dolor, desgarramiento de las entrañas, huesos que crujen, gritos que se oxidan al paso del horror y del llanto.

"Azota un mar rojo, amarillo, negro, mi corazón sin límites, bramando, — es la pequeña canción de tu cuerpo —, tu cuerpo de agua y de sangre y de humo, tu cuerpo de sol gritado, tu cuerpo, que es tu alma y el alma de tu alma, — tu cuerpo y la respiración de tu cuerpo que parece una gran guitarra —, tu cuerpo, abierto entre los naranjos, abierto entre los viñedos, abierto entre los manzanos y los sembrados y los castaños, absolutamente sacrosantos, — cuando la naturaleza furiosa está tronando en las mon-

tañas—, y el agreste valle del hombre, tiembla, como los racimos secos.”

Lirio quebrado, manzanilla, aureola de maravillas en el rincón de los desvanes, ojo que toca y ve y desmenuza, labios ardorosos a la caída de las madresevas.

Lágrimas de azufre, alcohol en vasos de Bohemia con rosas de Alejandría.

Llorar la virginidad como el perdido camino hacia el castillo mágico, aferrarse a los sawzales que cuelgan en las orillas de los ríos, herirse las plantas de los pies en las piedras con ojos mil y verbajos dulces para la panza de las ranas y lomo verde crudo de los sapos.

Arrinconarse, desleída y asombrada y bajar del alto pedestal del espíritu a los deseos entrelazados de la sangre.

Betunia al recorrer esas líneas piensa en el Apolo desnudo, en Muro con su ropaje de seda de interior azul adherido sobre sus músculos, de pie, incendiado de sol, con ojos de vidrio transparente, fosforescente y el asecho de la fiera con diente y garra y licor de lechugas amargas.

“¡Gritan las trompetas del sol, tu nombre!...”

Marx en la colina, Marx con precipitado paso, leyendo en voz alta.

Betunia escarba la caja de nogal y de allí saca sus enaguas antepasadas con encarrujados de blonda y corsé de estilo. Unas manillas caladas con lentejuelas cortan dedos albos, finos, que se posan delicadamente en el brazo atento del filósofo.

Parece una tarde de elevación lila pero han dado vuelta la esquina de los arsenales de guerra y piedra. Deben afrontar una multitud abigarrada que grita, gesticula, se incendia: son los proletarios del mundo.

Marx y la dama de los encarrujados hacen una reverencia y se mezclan al gentío que continúa gritando. Dijérase que el grito se alzó más potente todavía al paso de las muchedumbres victoriosas.

Al alba, en la plaza con estatuas y arrayanes floridos, encontré pisoteado un pañuelo bordado con una flor de luz, unas manillas dehojadas de encaje de Inglaterra y un manuscrito empapado de sangre.

“Y, en las cavernas, en donde los dioses murieron, estrellándose, contra su pasado de espanto—, se alza la magnolia de plata de tus cabellos.”

Minerva en el cruce de dos calles de ciudad populosa y republicana. Minerva o la estatua de la Libertad en cuyas gradas grises los niños, los años y las palomas retocen.

Desde lejos cortar el horizonte con una mano inmóvil y una antorcha apagada, cabalgada inconscientemente por una mariposa.

Al otro lado del sueño, Betunia continúa soñando: es un círculo, una mesa de fiesta, mujeres y hombres. Todos hablan de la puesta del sol, de las rejas, de los arcos de triunfo. Betunia se mira a sí misma con una aureola de azul y triste campánula, su risa es vacía, sus manos entorpecen el teclado. De pronto Margárea sale de una caja de sorpresas: amarra el rojo de sus zapatos con el carmín y la pereza sensual de su espíritu rastrero.

Muro reparte su vida en un gesto familiar y doloroso. “¡Qué bien están LAS DOS, cada una en su edad!” y el pretendido elogio suena grosero y brutal para el corazón de Betunia. Despierta, mira el agua, las gasas de la ventana, el cristal de la mesa donde se copian los zancudos. “Es verdad, dice”, después de todo yo le doblaba en años pero los suyos eran como las maravillas del Verano: reflejos del sol, mientras los míos eran años seguros, limpios, puros espirituales, años que no atraviesan, casi nunca, el calendario sentimental de las mujeres como ella”.

—Una siesta cansada, vacía, se desparrama por las persianas, los moscardones chocan y buscan un punto de apoyo sobre los vidrios resonando fuertemente en la impasible ventana.

En su soledad Betunia encuentra esas cartas de Muro que durante veinte años atravesaron mares y mesetas. Las va recorriendo en sucesión maravillosa: allí desde los volcanes y los lagos del Sur, desde las arenas quemantes del desierto, desde los claros vergeles del centro, desde los ríos de clima, desde las corrientes minerales, calientes de las termas. De todas partes la seguridad y la fuerza, la ternura consciente del hombre limpio, seguro. Pero ahí, en medio, como una roja flor de sangre, aquella carta escrita a la vera de la adúltera, aquella que seguramente leyó por sobre su hombro con gesto magnánimo, la sonrisa fingida y falaz de la mecanógrafa mercenaria.

El furor y la desesperación invaden a Betunia y rompe y rompe y rompe sin tino, en ínfimos pedazos todo el conjunto. Es un montón de mariposas blancas, un montón que se eleva clamante, es un cementerio de huesos al sol, es la nevada que bajó de la cumbre helando los alrededores.

Más tarde, Muro abre los ojos desatinado. “¿Qué significa esto?”

“¿Esto?”, dice Betunia, “esto es toda tu mentira”.

“Te engañas”, dice Muro, “habremos de empezar de nuevo. Por lo demás, aunque no lo creas, todo en mi vida lo he escrito para tí y eso no podrá jamás destruirlo tu inconsciencia”.

Es necesario llorar por la muerte de esas mariposas blancas, recoger en el hueco de los ojos la ceniza de los tiempos calcinados y besar con labios trémulos esa fría canción amortajada.

Van los años en su vertiginosa carrera entregando sus mismos paisajes de retorno, las mismas campanas del atardecer melancólico, la misma llovizna herida de nieve, la misma Pascua de aserrín chorreada de pegajosos latines, el mismo festival de año nuevo enzartado en una punta del tiempo desde donde parte Betunia para dejar atrás un pedazo de edad y colocarse entre el ayer y el futuro. Es el antes y el después, esa gramática trágica que habrá de alentar eternamente su relato. En cada nuevo año se repite la cena de aquella noche distante e imborrable arrancada desde el corazón del mundo: amplía la mesa rodeada de la ventura pasada, los retoños con sus alegres ídolos en los ojos, la fruta tajada y jugosa y el líquido rubio derramando su oro pálido. La cara verdosa de inquietud y distancia de Muro encerrado en atroz congoja ante la espera de la aventurera que hacía regalo de ausencia, con cálculo.

Betunia sin comprender la mascarada iba de un lado a otro, también esperándola... Sin embargo al desear que viniese pronto y no viniese al mismo tiempo, la hacían desconocerse; seguía los gestos de Muro y su dolorosa mirada.

Por la esquina de la avenida doblaron los integrantes del triángulo —muñecos amaestrados— traían un paso ligero, automático. Betunia se afirmó en la muralla tan helada y gritó a Muro: “ahí vienen”, él sonrió y su mano ruda apartó de la frente humedecida algún pensamiento enlutado.

Ya en concierto familiar los muñecos decían: “es fantástica la movilización en este país”, después tenían la misma vocalización para alabar el aderezo de la mesa: “es fantástico este derroche de flores y frutas”, sí, en realidad todo era FANTASTICO. Comían y reían todos menos Muro y Betunia que miraban de soslayo y tenían temor de sí mismos.

Un clima terrible de lucha hacía entrechocar las copas.

Betunia se levantó para tomar el aire cálido de la noche, le temblaban las piernas, el corazón aleteaba y se confundía con el infinito temblor. Volvió a su sitio habitual pero al transpasar el umbral se cayó porque sus rodillas tímidas no podían soportar el peso de su presentimiento.

Días antes Muro y Margárea habían llegado juntos de la calle, traían cerezas y hablaban demasiado de la CASUALIDAD de haberse encontrado. Margárea y su vestido rojo a cuadros llenaban el marco de la puerta. Los ojos de Betunia se llenaron de lágrimas que fué a ocultar a su aposento. Muro estaba conmovido, tomó la cabeza de Betunia y la besó largamente en los labios: “no seas tonta”, decía, “fué una casualidad, estás celosa sin motivo y esto es solo propio de almas bajas”. “¿Acaso nunca lo fuiste?” dice Betunia y Muro echa atrás enredado su pensamiento.

Después... Margárea sentada con la pierna ARRIBA lucía sus medias con desenfado cantando una canción desvergonzada. Muro sonreía y a su vez contó una historia de doble sentido. “No entiendo” decía Betunia, mirando a su alrededor, y en verdad, no entendía.

Las doce campanadas de la medianoche en el primer día de ese año que sumado daba veintiuno, todos corrían y se alborozaban, todos se abrazaban y miraban la atmósfera como queriendo sacar de ella la renovación y la dicha. Per la primera vez después de veinte años Muro no abrazó a Betunia, avergonzado, tampoco abrazó a Margárea que se evadió entre las gentes como algo pegajoso, gelatinoso, frío, venenoso.

El cuarto personaje de la tragedia, detrás de sus anteojos, estaba suspendido en el aire como un equilibrista de circo.

Salieron a la calle; ¡por fin!, iban juntos y acompasados, del brazo, el mismo alto para sus cabezas descoloridas, el vestido de ella demasiado largo se le enredaba entre las piernas y los pantalones de él, como bandera de dieciocho, también se enredaban.

Muro reía, perversamente, viéndolos perderse tan acompañados entre el tumulto callejero, después, se le nubló la faz y los minutos transcurrían y pasaban por su gesto sombrío en etapas funerales de un proceso infamante.

Necesario es vestir el sayal y la sandalia del místico, sentir en la planta del pie arena movediza, fría y resbalosa para penetrar en el reino de la poesía.

Sólo los POETAS, esos seres imprescindibles, aventureros, que manejan lo supérfluo que sangra, pueden escribir al dorso del acento secular, esencialmente poético que se descuelga de los astros como las arañas blancas por el alero de las golondrinas. Avanzar, avanzar con paso de cisne, que va abandonando los pantalones. Diríase que les nacieron alas y su elevación entre cielo y tierra les crea un mundo de maravillas.

Extraña coordinación de las oscuras serpientes desolladas las manos y el ojo único entre astros en desorden, el cataclismo que pone piedras donde hubo agua y agua de silencio donde había cráneos y orugas, estrellas donde había huesos mortales y sangre desvanecida.

La poesía es el recuerdo de un mundo al que abandonamos para siempre.

En la partida hay algo de separación y de distancia, algo así como el carro que se desrriela y sigue por la curva fatal impulsado por la corriente eléctrica, olvidando los rieles, haciendo saltar y triturar los guijarros.

¿Habéis encontrado, alguna vez, ese eco central que hace del poema ese elemento orgánico con el cual podemos enfrentarnos en condición de dioses o demonios?

Muro y Betunia estaban entre la profusión de pedrerías arrojadas por todos los caminos, la estridencia magnética iluminada u oscurecida por la venganza hacia lo vivo, por el deseo de la atroz venganza. Y entre la fluidez de la palabra sin cauce aparente, la sucesión de las imágenes que se amarran con cabellos o colores de arco iris.

Basta una hora para que el poeta no se contrarie, esa hora piadosa de valiente espada que asesina y pulveriza en silencio.

Interminable, brillante, gris, irisidente, la arena vuelca su sentido y se entrelaza al horizonte. Betunia va con su paso de flor en camino desandado dejando que su sombrilla roja se proyecte ensangrentada. Rastro de su sombrilla avergonzada, rastro que es una letra oscura y profunda, cuando las gentes pasan miran hacia atrás para encontrar dos veces el paso de una culebra que se endereza.

¿Cómo es de flexible el varillaje de la sombrilla roja de Betunia y cómo su brazo se pone laxo con ese vaivén de algo imantado con estrellas! La línea del horizonte, la línea de la sombrilla roja Betunia, la línea de su espíritu que se eleva sobre los espectáculos. ¿Cuántas líneas! ¿Vienen desde lejos? ¿Van hacia el Poniente? ¿Son la alegría de qué ecos distantes?

¡Oh!, tú, lector, que no piensas en ese horizonte que la divide, en ese horizonte donde sola y muda se pierde lentamente.

Hablar de plurales cuando se es uno soberbio, hablar de abejas en un jardín de papel, pastorear los ojos en desiertos de nieve, hablar de líneas que se completan, hablar de la sombrilla roja de Betunia o de esa línea amarga que divide los mundos es partir desde las entrañas del ser ardiente e inmutable.

El Norte, el Sur, el viento habrán de arrancar del rostro de Muro la tiranía de una pasión subalterna.

Betunia encierra en sus maletas los accesorios del viajero, va y viene sonámbula. Se despiden con dolor y la mujer arrinconada e impotente entierra su tristeza.

Los quehaceres domésticos, el trabajo mental y carcomido de angustia absorben, de cuando en cuando, su vida interior. Todo marcha sin aspavientos, los días se vacían en las noches y los espejuelos de las fuentes distantes copian el paso de los peregrinos.

Betunia abre, esa tarde evadida, el diario marginal de su esperanza cuando aparece el cuarto personaje: era el enlutado febril que mira detrás del alma, el que tiritaba de inquietud bajo el sol y los techos de piedra, el que rumia lo fatal y lo amasa con manos ardientes, el que se ríe de sí mismo.

Hacia de su inteligencia una cristalina probeta. Contaba los gusanos de luz que le atravesaban la silueta, los trajes le quedaban grandes siempre, y los zapatos semejantes a barcas tenían humedad de pasto y de mañana invernal. El papel de marido le quedaba estrecho, no atinaba a cumplir sus deberes conyugales y le placía el contrapeso del halago que efectuaban, por él, ante su mujer, los otros hombres. Dejábala ir, como las campesinas dejan vagar sus gallinas por la vecindad donde cogen algunos granos a hurtadillas. El día que no la encontró en su lecho procedió como lo habrían hecho las campesinas con sus gallinas: la buscó, indagó, se preocupó, dió cuenta a la policía y pensó: "¿habrán hecho de ella, SIN SU CONSENTIMIENTO, una cazuela?"

Así, en este estado de ánimo se presentó ante Betunia. Traía, a pesar de él, un gesto maligno en los labios delgados y la falta de un diente ponía un eco hueco y doloroso en la palabra afectada.

—"Márgara ha desaparecido", dice, "¿qué cree Ud.?"

—"Lo mismo que Ud. cree", dice Betunia, encontrando para siempre la respuesta que se cayó encima de su existencia.

—¿Desde cuándo lo sabe? agrega irónico e insolente.

—"Desde este momento", afirma con seguridad Betunia.

—"¿Qué debo hacer entonces?", grita desafiante.

—"Cumplir con su deber", dice Betunia, señalándole la puerta.

El cabello lacio, pegado a las sienes del hombre tiene un aspecto de guiñapo, de pelo de choclo, de brizna desvanecida.

Betunia lo mira ir de soslayo, remecido por el viento tal los aspantapájaros de las siembras. Después se encierra en sí misma con el aleteo mojado de las negras idas que aparecen en sus lagrimales.

Vinieron los sucesos dolorosos y su cortejo de llanto.

A la puerta "las golondrinas", esos carromatos desvencijados, abiertos, sobre cuatro ruedas, que crujen. Encima los enseres del triste, la pobreza que se muda, las casas vacías, las telarañas del

que se fué, y las telarañas del que llega. "Mudanza", dicen los vecinos: el momento en que todo parece raído y se balancea al sol de la calle con millones de ojos curiosos; las sillas, las mesas, los catres, los colchones, todo, todo sin ninguna dignidad, amarrado, pata arriba, revuelto, con polvo de tiempo, chorreando polillas y tenebrosa memoria. Después dormir en la "casa nueva", donde nada se encuentra. Los pensamientos se extravían en los cajones atestados de cosas inútiles.

Muro y Betunia soportan sobre sus cabezas —pedestales donde se colocan hasta llegar al firmamento— días de días, las mesas, las sillas, las ollas, las escobas, las tinajas, los maceteros con plantas que son como esos pajarillos enjaulados por la mano criminal del hombre, y, sin embargo, qué olvido, qué transmutación de valores.

Muro retorna a su vida habitual, se anuda la corbata del desengaño y se desenvuelve como el ovillo que entrega su corazón al espacio. Huye de sí mismo y se apoya en la voluntad de Betunia.

Salen por las carreteras con el atado de congojas a la espalda, miran el mar y las colinas, las montañas heladas y las curvas de los cerros, los túneles y los verdes sembrados del atardecer.

Vuelven a amarse, dolorosamente, sobre un montón de cenizas y rosas apachurradas. Apagan la lámpara del ídolo moribundo en el extremo opuesto. Descubren que el vicio y su sacrilego ornamento, en hora tardía, levanta una polvareda inmensa. Acaso fueron demasiado castos cuando la venenosa introdujo su acento de sirena mercable en el corazón de Muro. La sabiduría de la experiencia arroja certidumbres y posibilidades. Sin embargo, Betunia, al salir de su afán misterioso, de su cansada armonía, de los blancos arpegios de su cuerpo, rompe la crisálida de cristal donde duermen los últimos mitos de su adoración inconsciente. Sola y desamparada suena la campanada que anuncia su descenso en la tierra. Trenza la única soledad en las vigiliadas verdes, siente la desesperación de lo inalcanzado, la quebradura de lo que fué azul y desembocó en rojos absurdos.

La tierra picoteada por los pájaros en los surcos abiertos estuvo de fiesta: un cuerpo más, una ráfaga menos. Betunia duerme y sus manos, más pálidas que la misma muerte, ostentan el abejorro de una esmeralda sumergida en el tiempo.

El cortejo fué interminable. Algunos periódicos enlutaron la página de los salmos, otros, la de los círculos profanos; cada cual adjudicándose el predominio de su alma.

Seguían la urna de cristal una profusión de crepúsculos: violetas, rojizos, verdosos, anaranjados, grises; cada flor tenía su carro, cada mano tenía su flor. Así las criaturas inconscientes pusieron rosas y magnolias, las viejas dominicales arrearon con las azucenas de su patio, los hombres echaron en sus sombreros jazmines en desuso, y las mujeres de aguja y peineta de mediodía, tejieron un sudario de lágrimas.

Muro viaja cabizbajo y desorientado: "tú quisiste estar así", dice, entre dientes.

Siempre, para levantar el espíritu de Betunia, otorgábale el dominio de sí misma, aun en aquellas cosas en que la mano del hombre es impotente, y ella, como que creía y confiaba y emprendía todos los caminos con la seguridad del fin.

Ahora, Betunia no oye las palabras y no mira los gestos, y en vez de ir por las encrucijadas difíciles, endurece más y más su mueca pálida de espectro majestuoso.

Como las novelas del siglo XIX, esta novela siglo XX, debe tener también su moraleja y su ambiente funeral y romántico que destruye el acero en su espectáculo de alto horizonte cruzado del ruido de las hélices.

Betunia fué fecunda y tímida: tuvo por madrinaz la palabra y la imagen, por derrotero la eternidad; encendía luces en la sombra y, atravesando tinieblas, iba encendiendo relámpagos. Supo renunciar y aspirar a tiempo. Amó y sufrió con heroísmo. La humildad era su fuente y la seguridad su destino. Su felicidad dependía de querer sólo lo que le pertenecía, y cuando le arrebataron lo propio, se defendió amargamente. Cuando caían las hojas del Otoño no las aventaba, dejaba crecer la yerba y madurar las rosas de Octubre. Adoraba el sol y reverenciaba las noches de luna con estrellas. Gustaba de las lloviznas finas, irisadas, de los cielos estridentes y los volcanes en erupción. De la mañana a la noche trajinaba la casa y el granero. Después se sentaba largas horas a hilvanar ramajes y consejas. Amó más que odió, cantó siempre, fué serena, economizó llanto y la fórmula fundamental de su TODO fué el equilibrio.

Escondidas, dispersas, volanderas, van sus innúmeras canciones por el planeta, si alguien las recoge de cada una sacará la imagen de lo que fué un espíritu temeroso y decidido.

Quien dijo campana, dijo eco, quien dijo mujer, dijo amor, y quien encontró el dolor y el desengaño entre las verbenas de su clima, asumió la única soledad y la muerte.